

ELIZABETH MASSIE

Versalles

EL SUEÑO DE UN REY



ESPASA

ELIZABETH MASSIE

VERSALLES

EL SUEÑO DE UN REY

Traducción de Montse Triviño


ESPASA

Título original: *Versailles*

© Michel Lafon Publishing, 2015

© por la traducción, Montse Triviño, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-670-4761-5

Depósito legal: B. 5.872-2016

Composición: Fotocomposición gama, sl

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

1

Primavera de 1667

La belleza de la joven era exquisita. No era muy alta, pero poseía una figura de generosas curvas que se adivinaban bajo un fino vestido blanco. Correteaba por la hierba y de vez en cuando volvía la cabeza para mirar atrás, mientras se reía y guiñaba el ojo. Luis la seguía, riendo también, e intentaba alcanzarla, aunque siempre estaba varios pasos por detrás de ella.

La joven se adentró en un laberinto de senderos bordeados de setos, desapareció un instante y enseguida apareció de nuevo. Los rayos del sol le acariciaban el cuerpo. Él la deseaba ardientemente, deseaba poseerla con todas las fibras de su cuerpo. Abrazarla, acariciarla, tomarla, que fuera suya...

Un poco más adelante, la muchacha se puso a bailar entre las sombras de un naranjal y, al pasar bajo uno de los árboles, arrancó un fruto maduro. Se volvió y le sonrió. Era obvio que ella también lo deseaba a él.

Más allá del naranjal, en la cima de un promontorio, se alzaba un colosal y resplandeciente palacio, tan ornamentado y fastuoso que asombraba, como si fuera la casa en la Tierra del mismísimo Dios. Luis notó el corazón henchido. Aunque nunca antes había visto aquel palacio, formaba parte de él. Era su hogar.

La joven alcanzó el palacio y desapareció bajo el arco de entrada. Luis la siguió y se encontró de repente en un silencio y una oscuridad totales.

Se detuvo.

Esperó.

—Los reyes no lloran, se enfrenten a lo que se enfrenten —sentenció una voz que le resultó familiar—. Se enfrenten a lo que se enfrenten.

Reconoció aquella voz. Era la de su madre, Ana de Austria. Se volvió muy despacio y allí estaba ella, bajo un rayo de luz, convertida en el vivo retrato del orgullo y del poder. Tenía salpicaduras de sangre por todo el cuerpo. El hermano menor de Luis se encontraba arrodillado junto a ella, llorando y sosteniéndole una mano.

—El miedo es debilidad —dijo Ana en tono neutro—. Puede aniquilar a un hombre, destruirlo. Incluso a ti, hijo mío.

Luis permaneció inmóvil, paralizado por el terror.

Su madre siguió hablando, su voz surgiendo del pasado.

—Fuiste ungido por Dios y bendecido por el sol. Pero aún no posees lo que de verdad importa: el poder. Sin poder, perecerás, y contigo, toda Francia. Claro que estás asustado. Tu madre se muere. El mundo está sumido en el caos. Los enemigos aguardan agazapados tras cada esquina. Si la historia nos ha enseñado algo, es que a los reyes les suceden cosas horribles. Y, precisamente por ello, necesitarás la fuerza de cien hombres. Para hacer lo que sea necesario. Para sacarnos de estas tinieblas y conducirnos a la luz.

Luis y su madre se observaron fijamente. Él apenas podía respirar.

En ese momento, la hermosa joven apareció de nuevo, riendo, y se detuvo junto a la madre de Luis. Las dos mujeres se cogieron de la mano y, por señas, le indicaron que se acercara. Él vaciló y luego trató de asir a la joven, pero ésta se zafó de él y huyó. Luis empezó a perseguirla de nuevo.

Dejaron atrás las tinieblas y cruzaron estancias resplandecientes y lujosamente decoradas, entre estatuas de már-

mol, formidables retratos y doradas molduras, hasta llegar a una deslumbrante galería de cuyas paredes colgaban innumerables espejos. Luis vio repetidos hasta el infinito fragmentos del reflejo de la joven: un pecho desnudo, un blanquísimo hombro que parecía de porcelana, la delicada curva del cuello... Ella se quitó el vestido y lo arrojó lejos con el pie. Desnuda, entró en la habitación que se hallaba al fondo de la galería.

—Veo el paraíso —le advirtió su madre tras él—, pero tú debes construirte el tuyo. Y dejar que el mundo entero lo sepa. Ha llegado Luis el Grande.

Luis entró en la alcoba y encontró a la joven tendida en su cama con dosel, con una provocadora sonrisa en sus labios carnosos. Muy despacio, ella separó las torneadas piernas.

Luis se quitó apresuradamente la ropa, se dejó caer sobre la cama y montó a la joven. La penetró con una urgencia soberbia e incontenible. Una vez. Y otra.

Y otra.

Se despertó al eyacular, con la mandíbula apretada y los puños aferrados a las sábanas de hilo. Poco a poco, fue regresando a la realidad y a las sombras de su cámara. Tenía el pecho empapado en sudor. El semen, aún caliente pero enfriándose muy rápido, se le acumulaba sobre el vientre desnudo. El pelo oscuro formaba un húmedo marco en torno a su noble rostro. Le escocían los ojos. Se los frotó, a sabiendas de que estaba despierto por mucho que no deseara estarlo.

Faltaba poco para el amanecer y una tormenta arreciaba en el exterior del pabellón real de caza; el viento y la lluvia azotaban los postigos de la ventana. Bontemps, el leal primer ayuda de cámara de Luis, permanecía sentado en silencio a los pies de la cama con dosel en la que dormía su majestad. Era un hombre de mediana edad, de rostro amable y expresión paciente.

El sueño se estaba desdibujando, pero Luis se aferró a una imagen concreta.

—Dile al arquitecto, Le Vau, que quiero hablar con él —ordenó—. Sobre espejos.

Bontemps asintió.

Un trueno rugió más allá de los muros. El viento contuvo un instante su empuje, para después lanzar otra ola de lluvia contra la ventana.

Ya más despierto, Luis se tapó el abdomen con la camisa de dormir.

—¿Cómo está mi reina, Bontemps? Todo el mundo cree que va a ser un niño...

De repente, les llegó desde el exterior el estrépito de cristales rotos. Por encima del fragor de la tormenta, Luis percibió relinchos de caballos y gritos de hombres. Luego se oyeron pesados pasos, mezclados con voces urgentes y airadas que se acercaban a la cámara del rey. Un instante más tarde, alguien llamó a la puerta y Bontemps se apresuró a abrir.

Varios guardias suizos irrumpieron en la estancia, seguidos de inquietos cortesanos. Los guardias se apostaron junto al lecho real con expresión impasible.

Luis se encogió, al tiempo que se le desbocaba el corazón.

—¡Guardias! —exclamó Bontemps—. ¿Qué ocurre aquí?

—Un atentado contra la vida del rey —respondió uno de ellos.

—¿Por parte de quién? ¿Españoles? ¿Holandeses?

—Aún no lo sabemos. Fabien está tomando medidas para acabar con la amenaza.

—Bontemps —consiguió decir Luis—, ¡explícate!

—Sire —dijo el primer ayuda de cámara en un tono de voz que denotaba preocupación—, vuestra escolta debe acompañaros inmediatamente a la sala de la guardia.

Se acercó a la ventana y cerró los postigos. Los reales ayudas de cámara se aproximaron al rey para quitarle la camisa de dormir, pero Luis los despachó con un gesto.

—¿Por orden de quién? —exigió saber.

Se incorporó con dificultad y se acercó a Bontemps.

—¡Alejaos de la ventana! —gritó un guardia.

—¡No conozco a estos hombres, Bontemps! —dijo Luis.

Los guardias rodearon al soberano y lo obligaron a apartarse de la ventana. Luis trató de zafarse de ellos.

—¡No iré a ninguna parte! ¡Y mi segundo hijo nacerá aquí, en Versalles! Mientras me quede aliento, no mostraré miedo. ¡No me iré!

Pero los guardias no lo soltaron y los ayudas de cámara hicieron su trabajo. Poco después, los guardias sacaron apresuradamente al rey de la estancia y lo acompañaron por el oscuro corredor. Los cortesanos, sorprendidos, saludaron con una inclinación de la cabeza al ver pasar al monarca. Luis consiguió zafarse de las manos de los guardias, aunque no pudo luchar contra la corriente humana que lo empujaba.

—¿¿Dónde está Felipe?! —gritó—. ¿Dónde? ¿Dónde está mi hermano?

El hermano menor del rey, Felipe, también conocido como Monsieur, apartó la boca y le sonrió al apuesto joven de ondulada melena que permanecía sentado en el sillón de terciopelo. Chevalier, el apuesto joven en cuestión, vestía tan sólo una camisa blanca, lo que hacía que a Felipe le resultara mucho más fácil disfrutar de un delicioso festín entre sus piernas. El talento de Felipe a la hora de jugar y lamer y la diligencia con que se entregaba a dichas tareas habían conseguido que Chevalier se aferrara a los brazos del sillón y dejara caer la cabeza hacia atrás en un gesto de placer.

—Dios —murmuró Chevalier entre dientes—. Qué bien lo haces.

Felipe sonrió. Desde luego que lo hacía bien.

Alguien llamó repentinamente a la puerta. Felipe echó un desdeñoso vistazo por encima del hombro para luego concentrarse de nuevo en el miembro viril, duro como una piedra, que relucía ante él. Se inclinó hacia adelante para lamerlo de nuevo, pero se oyeron más golpes en la puerta.

—¡El rey os manda llamar! —gritó un lacayo al otro lado—. ¿Monsieur?

Chevalier frunció el ceño.

—¡Ya te hemos oído la primera vez!

Felipe se colocó tras la oreja un mechón de oscuro pelo y se disculpó ante el joven con una mueca. Se puso en pie y se dirigió despacio a la puerta. Mientras, Chevalier tiró discretamente de los faldones de su camisa para cubrirse al menos en parte.

Felipe abrió la puerta.

—¿Ya ha nacido el niño?

—Debéis venir de inmediato, Monsieur —dijo el lacayo.

Felipe hizo una mueca de impaciencia y bostezó. Luego se volvió hacia Chevalier, quien le hizo un gesto con su enojada mano.

—Mandaré a buscar un refrigerio —afirmó.

—Sólo hay una cosa que me apetezca comer —repuso Felipe.

Salió al corredor y cerró la puerta. Antes de que tuviera tiempo de protestar por la interrupción, el lacayo le comunicó el intento de atentado contra la vida del rey.

Los placeres eróticos se esfumaron al instante.

—¿Han atrapado a esos hombres?

El lacayo negó con la cabeza.

—Aún los están buscando, Monsieur.

La plaza de Versalles estaba oscura, mojada por la lluvia y desierta, pues los habitantes de la villa aún no se habían despertado. Fabien, el comandante de la guardia del rey, se hallaba en el centro de la calle, sujetando las riendas de cuatro asustados caballos. Tenía los ojos, de color avellana, entornados en un gesto de concentración y determinación. Transcurrió un instante. Y otro. Y entonces, ¡sí! Allí estaban: cuatro españoles, ocultos bajo sus capas, surgieron furtivamente de un callejón y se dirigieron hacia el lugar donde se encontraba Fabien.

El más alto de los cuatro se detuvo y observó al jefe de seguridad. Con un gesto de la cabeza, señaló el poste para amarrar caballos que permanecía vacío a un lado de la calle.

—¿Dónde están mis caballos?! —gritó para hacerse oír por encima del rumor de la lluvia.

—¿Son éstos? —le respondió Fabien.

Dejó caer las riendas, azotó a los caballos en los cuartos traseros y los animales partieron al galope.

El hombre contrajo el rostro en un gesto de rabia y se dirigió hacia Fabien hundiendo los pies en el barro. En ese momento, veinte guardias surgieron de las calles adyacentes y rodearon a los españoles.

—¿Os habéis perdido, caballeros? —preguntó Fabien.

El hombre alto gruñó al darse cuenta de que no tenía posibilidad de escapatoria. Rugió, se sacó de debajo de la capa un hacha y una carabina de cañón recortado y se abalanzó sobre Fabien. En ese preciso instante, los guardias lo acribillaron a balazos. Cayó al barro. El jefe de seguridad le pisó la cabeza para inmovilizarlo mientras el hombre agonizaba de dolor. Los otros tres españoles dieron media vuelta dispuestos a huir, pero los guardias les cerraron el paso.

—¡Tirad las armas! —gritó Fabien.

Los españoles arrojaron al suelo sus carabinas y permanecieron inmóviles, espalda contra espalda, como hacen los animales para protegerse de los depredadores. Fabien

se acercó a ellos, captó la mirada del más joven de los tres —apenas un muchacho— y le dedicó una sonrisa gélida como la lluvia.

Luis se zafó de las manos de los guardias que intentaban retenerlo mientras regresaba a su cámara. Eran muchos los que trataban de sujetarlo, lo rodeaban o se le pegaban. «¡Alejaos!», les gritó mentalmente. Vio más caras que lo observaban, pero la preocupación sincera (o tal vez fingida) de aquellos rostros se iba fundiendo con una angustiada imagen.

«¡Alejaos de mí!»

Por fin en su cámara, se detuvo junto a la ventana y se apoyó en el alféizar. Su aliento, rápido e irregular, empañaba las losetas de vidrio y ensombrecía su reflejo. Bontemps, varios guardias y un puñado de cortesanos permanecían a cierta distancia, arrastrando los pies con gesto nervioso. Luis notó sus miradas clavadas en la espalda, observando, esperando, preguntando en silencio.

«¡Marchaos...!»

Y entonces oyó una voz infantil que le resultaba familiar, una voz de niño. Débil. Que surgía del pasado.

—*Maman* —gimoteaba el niño—, ¿adónde vamos?

Luis volvió la cabeza y, entre una nube de angustia, vislumbró una imagen de su madre, Ana de Austria. La reina iba y venía de un lado para otro en una fastuosa alcoba, guardando joyeros en un enorme baúl, mientras una dama de compañía recogía vestidos y zapatillas para meterlos en otro.

«Madre...»

—Nos vamos de París —dijo Ana con una expresión resuelta en su aristocrático rostro—. Y no volveremos nunca. Date prisa.

El niño se sorbió la nariz.

—¡Tengo miedo!

Ana le dirigió a su hijo una severa mirada.

—Los reyes no lloran.

«Los reyes no lloran.»

Luis cerró los ojos, trató de relajar la respiración y, por último, volvió a abrirlos. La imagen había desaparecido; ya sólo quedaban los súbditos que lo observaban en silencio. Apartó la mirada de ellos y la dirigió hacia la ventana, hacia la implacable lluvia torrencial que parecía dispuesta a anegar el mundo entero.

La puerta se abrió entonces y entró alguien. Luis lo reconoció por su forma de aclararse la garganta.

—Dime, Felipe —dijo sin volverse—, ¿qué está pasando?

—Se ha descubierto otra conspiración —respondió el hermano del rey—. Han arrestado a cuatro hombres en el pueblo. Los habían enviado para asesinarte. Debemos abandonar París de inmediato. Este pabellón no es seguro.

—Yo decido adónde ir. Yo decido qué hacer —dijo Luis, al tiempo que ladeaba la cabeza en dirección a guardias y a cortesanos—. Haz que se vayan.

—Dejadnos solos —ordenó Felipe a los guardias.

Muy despacio, la multitud abandonó la cámara, dejando solos al rey, a su hermano y al primer ayuda de cámara.

Luis se apartó de la ventana para acercarse a la mesa central. Apoyó en ella los nudillos y contempló el vetado de la madera.

—¿Has vuelto a tener ese sueño? —le preguntó Felipe.

Luis gruñó. Su hermano lo conocía demasiado bien.

—Tú le sostenías la mano —dijo al fin.

—Tú podrías haber hecho lo mismo.

—¡A mí se me privó de ese honor! Mi propia madre... —dijo Luis, al tiempo que se alejaba de la mesa para dirigirse de nuevo a la ventana.

—¿Quién puede privar al rey de algo excepto el rey? —le recordó Felipe.

—¡Tú jamás lo entenderás! Hay cosas más importantes que uno mismo.

Felipe negó con la cabeza e hizo ademán de marcharse, pero Bontemps alzó una mano para impedirlo.

—El rey no os ha dado permiso para retiraros.

—Mi querido Bontemps —se burló Felipe—, conozco muy bien esa mirada. Y alguien va a tener problemas. Espero no ser yo.

Luis señaló a su hermano con un dedo.

—Intentan matarme. Pues que entren. ¡Que lo intenten!

—El poder está en ti —dijo Felipe—. Te lo aseguro.

Luis regresó a la ventana. Dejó vagar la mirada entre la lluvia, buscando algo más allá de la tormenta, buscando a lo lejos el débil contorno de los bosques del rey. Lentamente, su ánimo inquieto empezó a sosegarse mientras imaginaba los árboles, los ríos, los enmarañados y hermosos parajes...

—Los ciervos de nuestros bosques utilizan los mismos senderos que sus antepasados —declaró—. Se remontan a cientos de años atrás. Es una cuestión de instinto. Se limitan a seguirlos. Si me vendaran los ojos en ese bosque y me dieran cien vueltas, encontraría el camino de regreso. No existe un solo sendero que no conozca, ni un árbol al que no haya trepado. Ahí es donde cazo. —Luis se volvió hacia Felipe—. Ya puedes marcharte —dijo con expresión radiante.

Felipe y Bontemps intercambiaron una mirada de inquietud mientras Luis seguía observando a través del cristal empapado de agua.

Finalmente, como si ya estuviera harta de sí misma, la lluvia empezó a remitir y dejó la villa de Versalles fría y anegada. Las llamas de las antorchas que sostenían en alto los guardias de Fabien temblaban y danzaban, reflejándose en el camino y en los rostros de los hombres.

Los prisioneros que aún seguían con vida habían sido golpeados sin piedad y apenas se tenían en pie mientras los guardias les registraban la ropa. No había mucho que encontrar, a excepción de unas pocas monedas y un cuchillo de caza de hoja dentada. Justo entonces, un guardia descubrió un papel enrollado, oculto en el abrigo de uno de los prisioneros, y se lo entregó a Fabien.

El jefe de seguridad acercó el papel a la luz de una antorcha y lo contempló mientras en el borde iba apareciendo un complejo código. Era un mensaje en clave, formado por una combinación de números y letras. Justo lo que estaba buscando.

Levantó la vista con una expresión satisfecha y le hizo un gesto al guardia que sostenía el cuchillo de caza.

—Déjalos cojos.

El guardia se inclinó y les cortó los tendones de Aquiles a los prisioneros de más edad. Lo hizo con tanta violencia que los pies prácticamente les quedaron colgando de los tobillos. Los prisioneros se desplomaron al suelo entre gritos de agonía. El muchacho que aún quedaba con vida cerró los ojos y empezó a rezar.

Jean-Baptiste Colbert, el contable real, era un hombre muy diligente. Trabajaba en su despacho de la villa de Versalles, donde recaudaba impuestos y los anotaba en su libro de contabilidad. Ya casi anciano, no sentía el menor apego hacia los demás, menos todavía hacia aquellos que le entregaban dinero. Aun así, su tarea era de primordial importancia. Mientras despedía de su escritorio a un maloliente recaudador de impuestos y se preparaba para recibir el cofre del siguiente de la cola, Louvois —secretario de Estado— irrumpió en el despacho seguido de Fabien y de varios guardias. Louvois ordenó a la multitud de contribuyentes que salieran del despacho y cerró la puerta.

—¿Sabéis? —dijo Louvois al tiempo que soltaba un gruñido—. Ayer me desperté en un lecho de plumas de oca, desde el cual divisaba casi dos leguas de mis dominios, hasta el río. Aquí duermo en un armario. Terminaremos el recuento en París. A salvo de amenazas. —A continuación se volvió hacia los guardias—. Asegurad los cofres y cargadlos en los carruajes. Cuatro hombres en cada uno.

Colbert se puso en pie.

—¿Qué significa todo esto? ¡Tengo trabajo que hacer!

Fabien se frotó una mancha de sangre de la casaca.

—Hemos encontrado a cuatro mercenarios españoles en el coto de caza de su majestad. Estaban preparando una emboscada, cosa que se les ha impedido.

—Bien —dijo Colbert—. Y ¿se creen que pueden acabar con nuestra nueva campaña al primer golpe?

—En Madrid no ven con buenos ojos nuestro interés por los Países Bajos españoles. Ni tampoco en los Países Bajos, a decir verdad.

Colbert alargó una mano hacia los cofres mientras los guardias empezaban a recogerlos del escritorio.

—Pues tal vez tengan suerte, porque no podemos sufragar una guerra con estos ingresos. A duras penas podríamos financiar una lucha de espadachines.

—La reina debe obtener su dote —sentenció Fabien—. No pagaron y ésta es su recompensa.

Louvois cruzó los brazos.

—Aquí estamos demasiado lejos de todas partes. Las defensas son porosas, por no decir inexistentes. Cuanto antes volvamos a París, mejor.

—El rey va a salir de caza esta tarde —empezó a decir Fabien—, dudo mucho que podamos marcharnos...

—He aplazado la cacería —lo interrumpió Louvois—. Ya lo compensaremos en Fontainebleau.

—Sin duda, monsieur Bontemps habrá...

—Creo que ni el rey ni su primer ayuda de cámara comprenden la verdadera magnitud de esta amenaza. Somos los ministros y el Consejo del rey quienes, en cualquier caso, deben guiar la nave. ¿O creéis que la nación la gobierna un solo hombre?

Tras esas palabras, Louvois condujo a los guardias, cargados con los cofres, hacia la calle. Justo en ese momento llegaba Bontemps, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Bontemps —dijo Colbert—, ¿el rey está informado de este asunto? ¿Qué ha dicho?

—Yo... no lo sé.

Fabien ladeó la cabeza.

—¿Dónde está, entonces?

Bontemps negó.

—Me ha dicho que estaría aquí.

Fabien apretó los puños y cogió aire ruidosamente.

—Debemos encontrarlo.

Mientras Bontemps giraba sobre sus talones para dirigirse de nuevo hacia la puerta, Fabien lo sujetó por un brazo.

—Pero con calma —le advirtió.

El ruido de los cascos de la yegua sonaba rápido y poderoso, como el latido de un corazón. Parecía hundirse en la tierra y trepar por el cuerpo de Luis, hasta el punto de que se sentía unido al animal, al aire de aquella mañana neblinosa, a la libertad misma. Se inclinó hacia adelante en su silla de montar y sujetó con fuerza las riendas mientras galopaban por un boscoso sendero del coto de caza del rey. Sí, Felipe debía de estar buscándolo. Sí, Bontemps debía de estar inquieto. Sin duda, ya debían de haber organizado una patrulla de búsqueda. Pero aún les llevaba mucha ventaja y, en aquel momento, Luis sentía la misma alegría y el mismo desenfreno que cuando era un muchacho.

—¡Ah! —le gritó al cielo.

Montura y jinete doblaron una curva del sendero, mientras la capa de Luis subía y bajaba como una enorme ala. Las currucas que picoteaban la tierra alzaron el vuelo asustadas y se apartaron del camino.

Por encima de su cabeza, los troncos de los viejos robles se inclinaban unos hacia otros y entrelazaban sus ramas, formando así una densa bóveda verde. Luis clavó los talones en los flancos de la yegua, espoleando al animal por el exuberante túnel. Levantó la vista unos segundos para contemplar los puntos azules que se divisaban entre el verde follaje y la bajó de nuevo justo a tiempo de evitar que una rama baja lo golpeará y lo derribase. Se agachó y se echó a reír, satisfecho de haber esquivado por los pelos el desastre.

Siguieron lanzados al galope.

Finalmente, el sendero los condujo a un arroyo, junto a un bosquecillo. Luis guio a su yegua entre la maleza, hasta llegar a un claro. Desmontó y permaneció en respetuoso silencio mientras contemplaba la sencilla belleza de las florecillas rosas, de la hierba que la brisa mecía y de las ondas que formaba el agua en el arroyuelo. Se acercó a la orilla y se arrodilló sobre el terreno húmedo. Contempló su propio reflejo durante unos instantes, para después coger un poco de agua fresca con las manos y echársela en la cara.

Libertad. Limpidez.

De repente, la yegua relinchó y se alejó al galope.

Luis se puso en pie de un salto y giró sobre sus talones.

Un lobo surgió en ese momento de entre la maleza. Era una bestia escuálida y sarnosa, claramente famélica, que gruñía con el labio superior levantado. Luis tensó el cuerpo y desplazó lentamente una mano hacia su espadín.

«Ah, rey de los bosques —pensó—. ¿Te atreves a desafiar al rey de Francia?»

Con el rabillo del ojo vio a otros dos lobos, igual de flacos y famélicos, que surgían de entre la maleza con la cabe-

za gacha y los ojos entornados. Luis aferró con los dedos la empuñadura de su espada y entrecerró los ojos a su vez. Estaba listo. Que se acercaran.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó una voz furiosa.

En ese momento apareció un caballo, que frenó en seco justo al lado de Luis. El jinete estaba rojo de ira.

Los lobos se estremecieron y huyeron de inmediato.

Felipe desmontó.

—¿Podrían haberte matado, hermano!

Luis soltó la espada y se encogió de hombros.

—Es posible.

—¿Es posible? —exclamó Felipe. Luego negó con la cabeza y, muy a su pesar, rio entre dientes—. A veces te superas a ti mismo.

Luis echó un vistazo a su alrededor, para asegurarse de que los lobos habían huido, y luego contempló de nuevo a su hermano. Era una oportunidad única, los dos solos. Por fin podía hablar libremente.

—Tú y yo nunca hemos estado tan solos como lo estamos ahora —dijo—. Jamás se nos volverá a presentar una oportunidad así, de modo que quiero que me escuches. Quiero sacar a este país de las tinieblas y llevarlo hacia la luz. Está a punto de nacer una nueva Francia y este palacio será su madre.

Felipe frunció el ceño.

—¿Qué palacio?

Luis señaló hacia el norte.

—Ése.

—¿El pabellón de caza de nuestro padre?

—Versalles.

Desde el sendero les llegó el sonido de los cuernos de caza y los ladridos de los perros. La patrulla de búsqueda se estaba acercando.

—Esto no lo hemos elegido ninguno de los dos —prosiguió Luis—. Tal vez haya sido la suerte la que nos haya

colocado aquí. Debemos construir nuestro propio destino. Aquí mismo.

El sonido de los cuernos y de los ladridos se intensificó.

—Y los grandes cambios vendrán acompañados de enemigos —prosiguió Luis—. No tardaremos en descubrirlo. Pero hay algo que necesito saber en este momento. Pase lo que pase. ¿Estás conmigo, hermano?

Felipe soltó el aire.

—¿Me cubrirás las espaldas? —insistió Luis.

Felipe le sostuvo la mirada a su hermano.

—¿Qué espalda estoy cubriendo ahora mismo?

Luis lo observó durante unos instantes y luego asintió satisfecho. Cogió las riendas, subió a la silla y después ayudó a Felipe a sentarse tras él. Por fin, espoleó al caballo y regresaron al sendero, donde los alcanzó la patrulla de búsqueda.

—¡El rey! —gritó un guardia, pero los reales hermanos pasaron tranquilamente junto al grupo sin pronunciar palabra.

Fabien, Bontemps y Louvois los observaron en silencio. Inmediatamente después, los integrantes de la patrulla de búsqueda obligaron a sus cansadas monturas a dar media vuelta para seguir al rey y a su hermano.

De vuelta en Versalles, Luis se sentó en un banco de una antesala para quitarse las botas mientras guardias y nobles lo observaban, claramente aliviados al saber que el rey estaba sano y salvo.

—Tengo hambre —se limitó a decir Luis mientras dejaba caer una bota al suelo.

—Sire —dijo Louvois—, gracias a Dios. Los bosques y el pueblo son un hervidero de conspiraciones. Debemos llevaros a París enseguida.

El rey dejó caer la otra bota.

—No vamos a ninguna parte.

Louvois vaciló.

—Pero... los consejos de guerra... Todos los generales os están esperando en el Louvre.

Luis se puso en pie con un gesto de regio desafío y vislumbró, entre la miríada de rostros que lo rodeaban, el semblante aquilino y adusto del siniestro noble Montcourt. Luis no habría sabido decir si estaba frunciendo el ceño o sonriendo.

—Invitad a los generales a cenar —dijo el rey, concentrando de nuevo la atención en Louvois—. Traed aquí la guerra.

Fabien no encontraba mucho placer en las cosas refinadas que ofrecía la vida, pero sí saboreaba el poder. Los hombres que alcanzaban el poder eran justo aquellos que lo merecían. El poder conllevaba responsabilidades. Y privilegios.

El más joven de los presuntos asesinos se hallaba en el centro de una celda poco iluminada. Y, si bien los jóvenes se caracterizan por su temeridad, también son emocionalmente débiles.

El muchacho estaba descalzo y encadenado por los pies. Tenía el cuerpo cubierto por una mezcla de sudor, sangre y orina, y el rostro contraído en un intento de ocultar el terror. Sin embargo, lo delataba el temblor de los brazos.

Sobre una mesa de madera yacía uno de los cómplices del chico. Era un hombre de cierta edad, que estaba desnudo y respiraba muy rápido, con dificultad. Estaba inmovilizado por unas correas de cuero y, lo mismo que el muchacho, empapado en sudor y suciedad. Una de sus piernas terminaba en un sangriento muñón, aún en carne viva. En una segunda mesa se encontraban los instrumentos que Fabien consideraba más útiles a la hora de torturar: un martillo, varias sierras, unas tenazas de herrero y otros instrumentos más pequeños, similares a los que —en otras

circunstancias— un sacamuelas considerado podría haber utilizado con sus pacientes.

Fabien observó al muchacho con una mirada indiferente.

—Algún nombre habrás oído —dijo—. O habrás visto algún rostro. Dime el nombre.

El muchacho, incapaz de apartar la mirada del hombre mutilado que yacía sobre la mesa, negó con la cabeza y abrió mucho los ojos aterrorizado.

Fabien se acercó a la mesa con los instrumentos.

—Sólo... ¡Sólo Calderón lo sabía! —barbotó—. Dijo que recibiríamos órdenes.

Fabien rebuscó en su camisa y sacó el mapa que había encontrado durante el arresto de los asesinos. Señaló el mensaje en clave de la parte superior.

—¿Y esto? —preguntó.

—Nunca antes lo había visto —susurró el muchacho.

Fabien ya se lo imaginaba. El muchacho acabaría hablando, pero tendría que animarlo un poco más. Giró sobre sus talones, eligió las tenazas y el martillo, las sopesó en la mano y, por último, se acercó al prisionero atado sobre la mesa. Contempló el cuerpo, como si quisiera elegir el mejor lugar para empezar. Luego golpeó con el martillo la parte baja de la pierna del prisionero, con tanta fuerza que aplastó el hueso contra la madera. El prisionero, que había permanecido casi inconsciente hasta ese momento, despertó con un espantoso alarido. El muchacho aulló.

Fabien siguió entonces con las tenazas. Las aplicó hábilmente a los huesos de los antebrazos del hombre, para después apretar hasta romperlos como si no fueran más que ramitas. Luego le fue partiendo los dedos uno a uno, despacio, de forma metódica. El prisionero gritaba como un poseso, tratando de liberarse de sus ataduras y suplicándole piedad a Dios. Fabien sonrió, pues se sentía como Dios y no tenía ninguna intención de mostrarse piadoso con aquella sabandija. El muchacho, mientras tanto, sollo-

zaba haciendo mucho ruido, con las mejillas y la barbilla bañadas en mocos y lágrimas.

El prisionero murió diez minutos más tarde. No quedaba en él nada reconocible, a excepción de una mata de pelo en la coronilla.

Fabien dejó caer las tenazas sobre la mesa y se acercó al lloroso muchacho. Se limpió las manos cubiertas de sangre en la chaqueta del joven.

—¿Cuándo vuelva? —le preguntó en un tono casi paternal—. El nombre.

Enriqueta salió del estanque. El agua formaba arroyuelos que descendían por la piel marfileña de sus voluptuosos senos hasta su vientre plano y sus generosas caderas. Se pasó los dedos entre los empapados tirabuzones dorados y los sacudió un poco. Dos de sus damas se acercaron para cubrirla con una bata y seguirla hasta la puerta de la casa del estanque.

El estanque y la casa que había junto al mismo se encontraban situados en un terreno muy bien cuidado por debajo del pabellón real de caza. Rodeados de árboles y setos podados, ofrecían frescor y belleza, así como cierta privacidad cuando lo que se deseaba era privacidad. Sin embargo, en cuanto Enriqueta levantó la vista y miró hacia el palacio, se dio cuenta de que el feo jardinero manco, Jacques, la estaba observando. El hombre se quedó inmóvil entre los setos con su desplantador en la mano y la miró durante el tiempo suficiente como para que ella comprendiera que la había estado espiando. Enriqueta desvió rápidamente la mirada.

Entró en la casa del estanque y recorrió el vestíbulo en dirección al vestidor, mientras las damas correteaban obedientes tras ella. Pero tan pronto como Enriqueta cruzó el umbral del vestidor, la puerta se cerró de golpe tras ella y las perplejas damas se quedaron en el corredor.

Enriqueta reparó de inmediato en los pétalos blancos esparcidos por el suelo. Recogió uno y se lo acercó a los labios. Se estremeció, no por el frío, sino por el deseo. El corazón empezó a latirle más rápido y notó un delicioso e inconfundible cosquilleo entre las piernas.

—Parecéis helada —dijo el hombre que había cerrado la puerta tras ella.

—Tengo bastante calor, gracias —respondió Enriqueta.

A continuación, se volvió para mirar a su rey, sorprendida de nuevo por la rapidez con que la penetrante mirada de él, su oscura melena y su brusca masculinidad la hacían sentir débil, llena de vida y enamorada al mismo tiempo.

Enriqueta olió el pétalo.

—Nardos.

—Ya ha florecido la primavera —declaró Luis.

Extendió un brazo y atrajo a Enriqueta hacia sí.

—Eso parece —susurró ella.

Movió los hombros para desprenderse de la bata, que cayó al suelo junto a los pétalos. Luis contempló su cuerpo como un pintor contemplaría una obra maestra.

—¿Cómo se encuentra vuestro esposo?

—Por favor, no hablemos de él ahora.

—Me gusta oír vuestra voz.

—Vos me obligasteis a casarme con él.

—Y ¿de qué otra manera podría haber conseguido que os quedarais aquí? —dijo Luis, estrechándola con más fuerza entre sus brazos.

Los pezones de Enriqueta, sensibles y excitados, se enduccionaron al entrar en contacto con la tela de la camisa de él.

—¿Qué queréis que os diga?

Luis le acarició el cuello con la nariz.

—Quiero que me digáis... —la besó en los labios y luego, tras cogerle los pechos con ambas manos, se los lamó, primero uno y luego el otro— todo lo que mi hermano dice y todo lo que hace.

Luis se dejó caer al suelo y arrastró a Enriqueta consigo. Ella se tendió de espaldas mientras él se quitaba las calzas, que arrojó a un lado para después colocarse a horcajadas sobre ella. Enriqueta lo observó y se dejó llevar por su sensualidad y su poder. Lo que más deseaba en aquellos momentos era tenerlo encima, sobre ella, dentro de ella. Luis la obligó a separar las piernas con las rodillas.

«Ah —pensó Enriqueta—, el real miembro está más que preparado para abrirse camino entre mis pétalos.»

Y así fue.

Los aposentos privados de Chevalier eran puro ajetreo. Un joven criado correteaba de un lado para otro, siguiendo sus ásperas instrucciones. El muchacho guardaba ropa en diversos baúles mientras su amo, iluminado por un rayo de sol en el que flotaban motas de polvo, permanecía sentado a la mesa rodeado de fuentes de ostras, pato silvestre y anguilas ahumadas.

Felipe estaba de pie junto a la mesa, observando al muchacho mientras empaquetaba y a Chevalier mientras comía.

Chevalier dejó caer una concha de ostra sobre la mesa y se limpió la boca con la manga.

—Creía haberte perdido para siempre. Estaba preocupado por ti.

Felipe se burló.

—No, no lo estabas. —Señaló con la cabeza uno de los baúles—. ¿A qué viene todo eso?

—No me digas que estás considerando en serio la idea de permanecer aquí un solo segundo más. Acaban de intentar matar al rey. Y si lo consiguen, ¿a por quién irán a continuación? —Antes de que Felipe pudiera responder, Chevalier arqueó una ceja y lo señaló—. A mí se me ocurre alguien.

Felipe retrocedió.

—¿Quieres que muera?

—A veces eres tan lento —dijo Chevalier mientras sacudía la cabeza en un gesto de fingida consternación—. El príncipe, el pequeño Luis, siempre ha parecido un poco... enfermizo, ¿no crees?

—Basta.

—A eso me refiero. ¿Cuántos niños mueren por aquí? ¿Qué posibilidades tiene este último de alejarse del real vello púbico, por no hablar ya de llegar al día de su propia coronación? Existe un motivo para que tu hermano esté tan desesperado por tener otro hijo. Y por eso aquí todo el mundo parece desear que nazca otro varón.

Felipe lo fulminó con la mirada. No deseaba oír todo aquello.

—¿Es que no te das cuenta? —prosiguió Chevalier—. Cuando las cosas se pongan feas, dependerá todo de ti. Y ¿qué harás cuando llegue ese día? ¿Qué harás con todo ese poder? —Chevalier sonrió—. ¿Qué harías ahora mismo? ¿Nos ordenarías que nos quedáramos en esta ciénaga? No. Harías de París la capital del mundo, y allí cenaríamos y bailaríamos todas las noches.

—Vuelve a dejarlo en su sitio. ¡Todo! —le gritó Felipe al criado.

El chico se sobresaltó y dejó caer al suelo los bultos que llevaba.

—¡No, sigue empaquetando! —le ordenó Chevalier. Apoyó un brazo en el respaldo de su silla y observó a Felipe—. ¿Qué clase de rey sale a cazar solo y se extravía? Tu hermano ha perdido toda noción de sí mismo. Se ha perdido a sí mismo. Es un auténtico idiota.

Horrorizado, Felipe abofeteó sonoramente a Chevalier. Éste se puso en pie de un salto, derribó su silla y le dio un puñetazo a Felipe en el pecho. Cuando él dobló el cuerpo a causa del dolor, Chevalier lo agarró de un brazo y lo em-

pujó hacia la cama. El chico dio media vuelta y siguió empaquetando.

Inclinándose sobre Felipe, Chevalier le habló con los dientes apretados.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Acaso intentas dominarme?

Felipe contempló a su amante. Se sentía acobardado, furioso y muy excitado por la fuerza de Chevalier.

—No te permito que hables así de mi hermano —dijo enfurruñado.

Chevalier resopló y se inclinó aún más, hasta que su nariz casi tocó la de Felipe.

—A estas alturas ya me conoces, *mignonette*. Hablo como me apetece.

Agarró las calzas de Felipe y tiró de ellas hacia abajo con fuerza. Felipe tuvo una erección al instante. Chevalier se desabrochó el cinturón y sonrió con aire siniestro.

—No juzguéis a los hombres por sus palabras, sino por sus actos —dijo—. No temas. Seré un rey clemente.

Sin previo aviso, Luis entró en el apartamento privado de su reina, María Teresa. De pelo oscuro y mirada risueña, la joven reina suspiró y sonrió al verlo. La dama de compañía hizo una reverencia y se retiró.

La cámara de la reina estaba bien amueblada, pero desprendía un aire de tristeza, de soledad. Luis pensó que hacía bastante tiempo que no la visitaba, pero así era la vida de un rey.

Sin embargo, María Teresa parecía claramente aliviada por el simple hecho de verlo. Dio un paso al frente y se alisó el vestido de seda verde sobre la curva del vientre. Se dispuso a decir algo, pero entonces vio a un hombre al que no conocía cerca de la puerta, junto a Bontemps. Su sonrisa desapareció al instante.

—Os presento a Masson, vuestro nuevo médico —dijo

Luis al tiempo que señalaba al desconocido, un anciano calvo y de dientes torcidos—. Él os asistirá cuando llegue el momento y traerá al niño al mundo.

Masson inclinó la cabeza ante la reina.

—Majestad —dijo—, considero este nombramiento el *summum* del honor, tanto para mí como para mi familia.

María Teresa observó a Luis con una mirada suplicante.

—¿Qué?

—Es española —le aclaró Luis al médico. A continuación, se volvió de nuevo hacia la reina—. No os escudéis en vuestro idioma. Es muy poco apropiado.

María Teresa frunció el ceño y luego asintió a modo de disculpa. Se tocó de nuevo el vientre.

—Creo que os está esperando. ¿Cuándo regresamos a París?

—La cama para el parto ya está preparada —dijo Luis—. No iremos a ninguna parte. ¿No es así, doctor?

Masson asintió.

—Desde luego, sire.

El rey despidió al médico y Bontemps lo acompañó a la puerta.

María Teresa frunció el ceño y habló en voz baja.

—No me gusta estar encerrada. ¡Y me pone celosa que vayáis a misa sin mí!

—Es por el bien de la criatura. Y por el vuestro.

—Pues entonces volvamos a París. Confinadme allí.

Luis la acompañó a la cama y se sentaron juntos. El rey le acarició el pelo a su esposa como si ésta fuera un niño que necesita consuelo. Pero no estaba dispuesto a concederle lo que ella quería, y la reina lo sabía.

—Por lo menos —dijo María Teresa—, haced que cambien esos tapices. Lo prometisteis.

—Lo haré.

—Y ojalá mantuvierais también otras promesas. Esta cama es muy grande cuando vos no estáis.